

La economía de mercado, ¿nuevo mito?

EN la tradición católica de siglos, que enlaza con el Evangelio, hay una tendencia más o menos oculta y tergiversada a humanizar la economía, a conseguir una "economía humana". El excesivo egoísmo de los paganos fue combatido decisivamente por los Santos Padres al principio del cristianismo; el interés al dinero fue el caballo de batalla de la Iglesia medieval, así como la difusión de una teoría de la propiedad con verdadero sentido social; y ahora lo es en forma creciente —desde Pío XI y Papas posteriores—, centrando toda estructura social en la persona humana, convirtiéndose ésta en el centro de toda la ordenación de la convivencia entre los hombres, sea a nivel político, educativo, social o económico. "La sociedad está hecha por el hombre, y no el hombre para la sociedad". Así ven Pío XI y Pío XII la economía como una economía humanista fundada en el principio de que "los bienes, creados por Dios para todos los hombres, lleguen a todos equitativamente". Y si no fuese así, no puede ser aceptada una tal economía por ningún cristiano, sea cual sea su actitud política más hacia la derecha o hacia la izquierda. El totalitarismo de izquierda o de derecha no tiene cabida humana; pero tampoco la tiene la inhumana lucha de competencia agresiva y despiadada del liberalismo económico.

Los testimonios en contra del totalitarismo y del liberalismo económico abundan y deben ser considerados por todos los españoles a la hora de discutir la nueva Constitución. Y deben hacerlo por dos motivos: el primero, porque las razones humanas alegadas son válidas para todo hombre cabal; y lo segundo, porque los católicos debían reflexionar más especialmente que los demás sobre tales advertencias papales antes de lanzarse a pedir la inclusión de su propio y particular egoísmo en nuestra Ley Fundamental.

Ahora estamos todos, ciertamente, de vuelta de la verborrea eclesidística; pero es posible que tengamos que atender algunas llamadas que tienen sentido y no fueron escuchadas. Si la Iglesia es algo, tiene que consistir su función en iluminar y aportar algo de luz a nuestro oscuro panorama. Y la pregunta que todos los creyentes debemos hacernos es: ¿puede reafirmarse todavía?, ¿hay algo en ella que se decanta a través de los años y los siglos, y que tiene vigencia en el momento presente?

Comprendo que ya nadie le haga caso a la Iglesia oficial. Yo mismo me siento en disconformidad con lo que ahora nos dice muchas veces, con sus dramáticas inquietudes, Pablo VI, porque ni tienen coheren-

cia ni poseen fuerza de convicción por ser producto del temor al difícil presente que vivimos y al cambio que la sociedad ha experimentado. Pero me pregunto: algunos Papas anteriores que, en su tiempo, fueron escuchados atentamente por todo el mundo, incluso por los no creyentes o por los apartados de la Iglesia y del cristianismo, ¿conservan todavía algún brillo en sus enseñanzas básicas —una vez quitada la inútil hojarasca— que hoy nos ayude a reflexionar y considerar bajo un prisma elevado lo que pasa en nuestro país?

En una palabra: ¿existe todavía una posibilidad de ver las cosas con amplia perspectiva, y no sólo con la miope mirada del instante y la influencia interesada del momento? Y la Iglesia, ¿tiene alguna capacidad de proporcionar esa ayuda, por mínima que sea?

Yo, como católico, creo que sí, que todavía existen unos principios concretos que pueden ser útiles advertencias para la sociedad que vivimos hoy, que pueden estimular el cambio y transformación que requieren las instituciones humanas que ordenarán y organizarán nuestra convivencia actual, y deben ser meditadas para poder organizar la convivencia pacífica y justa del futuro.

Me dirijo, sobre todo, a esa mayoría de católicos que se asustan por lo que está ocurriendo en el país, y reaccionan en contra atemorizándose por lo que puede venir. Son esos empresarios pequeños y medianos que hacen oídos a los cantos de sirena de los líderes de los grandes grupos de intereses, que son los que han cogido las riendas de una buena parte de la acción empresarial actual. Son varios conocidos representantes de esa gran patronal que pretende ser de todos, pero que está dirigida principalmente por una minoría de grandes patronos. Esos son los que ahora sacan a relucir un nuevo caballo de Troya, sin que el pequeño y mediano empresario se dé cuenta del peligro de esa hábil incursión en su terreno, como les ocurrió en su inocencia a las antiguas víctimas, y que ahora como entonces pretenden meter de escondidas su averiada mercancía en nombre de la libertad.

Sean todos que hablar de "libertad de empresa" y de "economía de mercado", sin más aclaraciones ni precisiones, puede ser un "boomerang" que, lanzado con fuerza, se volverá con seguridad contra estos pequeños que forman el 99,8 por 100 de las empresas del país. Y, por eso, se hace necesario clarificar nuestras palabras acudiendo a quienes todavía vieron las cosas de esta tierra "sub specie aeternitatis", y pueden hacernos salir de

E.
MIRET
MAGDA
LENA

nuestra peligrosa sugestión de libertad, la cual esconde una engañosa mercancía que favorecerá sólo a quienes saben con habilidad tocar las teclas de los "slogans", y manejar una música sugestiva para obtener un elevado precio que no están dispuestos a repartir con nadie, ni tampoco con los pequeños y medianos empresarios, que serán las primeras víctimas de esta oculta operación.

Yo me daría por conforme —como muchos españoles— con que de verdad hubiera en la primera fase socio-económica que prevemos para el país una verdadera libertad de mercado, pero mucho me temo —como ya empezó a pasar hace años en España— que la libertad sea monopolizada por unos pocos, y el resto de los ciudadanos —empresarios y trabajadores— tengamos que bailar al son del compás que nos tocará no el comunismo ni el socialismo, sino el grupo de presión o el núcleo de intereses particulares que dominó el país durante el período franquista y que ahora se ha vestido con piel de cordeiro esgrimiendo estas dos mágicas palabras: libertad y democracia. Libertad política para conseguir su propia libertad de dominar a los demás. Y, si no, pensemos en la postura que se evidenció en una de las ponencias presentadas en nombre de los empresarios en la sesión del jueves 16 de febrero en los coloquios titulados "Constitución a debate". En ella se amenazaba con la guerra económico-social, paralizando las inversiones y el apoyo a la economía por parte de algunos grandes que son todavía clave en la estructura y vida económica y social del país. Se parecen tales líderes a nuestros obispos españoles que, en su desacertada Declaración de noviembre último, amenazaban con la pérdida de la paz religiosa que ahora disfrutamos si no se hacía caso de sus requerimientos en favor de ellos mismos, exigencias que pretenden que figuren en la Constitución. Como les ocurre a estos grandes líderes "poujadistas" que muchas veces no son ni empresarios auténticos, pero que se irrogan el liderazgo de los que viven día a día la angustiosa situación del mercado, del crédito, del aumento del coste de la vida, o que les inquieta el conflicto social.

¡Cuidado! Que la economía de mercado puede convertirse en un mito, y ser realmente un nuevo engaño en el que caigan muchos millones de españoles, atucados por la palabra "libertad". ■